

JIMENA



JAN pasado dos semanas. Jimena, en una sala del castillo de su padrino el conde Lozano, está bordando un tejido. Junto a la ventana, su nodriza mira el campo hacia lo lejos. Su nodriza hace las veces de madre, pues así su madre se lo encargó en el lecho de muerte, y cuando el conde Lozano, cumpliendo el juramento que había hecho a su padre, también al momento de morir, se llevó a Jimena, entonces tan niña que apenas empezaba a hablar, se llevó con ella a su nodriza.

El conde Lozano, hombre orgulloso, hosco y solitario, no sabía el cariño que iba a tomar a la niña, ni se creía capaz de tales blanduras de corazón. Jimena ocupó pronto toda el alma de aquel hombre altanero, sin hijos y viudo desde hacía muchos años. El conde, dado por entero a las intrigas de la corte y a los negocios militares, dejaba a la nodriza el cuidado de Jimena, pues sabía que aquélla era una de esas buenas amas españolas, querendonas, abnegadas hasta el fervor y que ponen toda su vida al servicio de quien sirven.

El conde tenía sus ojos en Jimena y la nodriza en



ambos. El conde adivinaba los deseos de Jimena y la nodriza adivinaba los deseos de los dos. Además, Jimena gustaba poco de salir de su casa, y a excepción hecha de la madre de Rodrigo, casi no visitaba a nadie. Sólo a las infantas, que son primas suyas, cuando su padrino la llevaba a la corte. Pero de las infantas tenía cierto recelo, sobre todo de la infanta doña Urraca, que tanto admiraba a Rodrigo. En esa admiración ella creía ver tal vez un amor secreto, y no olvidaba que la infanta pasaba a menudo temporadas en Zamora, al mismo tiempo que Rodrigo, ambos bajo la tutela de Arias Gonzalo, que era el mayordomo mayor de la reina y de las princesas y que mucho quería a su sobrino Rodrigo.

Jimena piensa: "Rodrigo no se atreve a mirar tan alto, pero si se diera cuenta que doña Urraca le ama, tal vez se atreviera, y entonces..." A este solo pensamiento, "¡Dios mío!", gritó Jimena. Al oírla la nodriza, volvió la cabeza preguntando:

—¿Qué tienes, niña? ¿Qué te ha pasado?

—Nada—responde Jimena—; me he picado el dedo.—
Y se llevó el dedo a los labios.

—¡Qué hermosa estás—dice la nodriza—; si te viera Rodrigo! Apostara cualquier cosa a que estabas pensando en él.

Un olor a Piel de España y a Chipre de Coty se esparcía por la habitación.

Realmente, Jimena estaba hermosa. ¡Y cómo no había de estar hermosa, si era una mujer hermosa! ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa?

Jimena era una estatua griega. Tenía un cuerpo de palmera, un cuello de cisne, unas manos de lirio. Tenía una nariz perfilada, perfecta; unos labios de coral, unos ojos inmensos y profundos como dos lagos en la noche.

V. HUIDOBRO

Después de haber cumplido con todos los ritos de la mala poesía, Jimena entraba de lleno en la belleza.

(En este momento aparece delante de la mesa del poeta la sombra del Cid.

HABLA LA SOMBRA DEL CID

Poeta, te equivocas. Jimena no era una belleza griega, era una belleza española. No tenía cuerpo de palmera, ni cuello de cisne, ni manos de lirio, ni nariz perfilada, ni labios de coral, ni ojos de lagos nocturnos. ¡Qué sandios sois los poetas! ¿Por qué comparáis a la mujer con todas esas cosas? ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa? ¿Por qué no comparáis más bien esas cosas con una mujer? Ya sería algo mejor. Decid que una palmera tenía cuerpo de mujer, hablad de un cuello de cisne hermoso como un cuello de mujer, hablad de un trozo de coral como unos labios de mujer.

EL POETA

Es lo mismo al revés.

LA SOMBRA DEL CID

Es lo mismo y, sin embargo, al revés es menos soso que al derecho. Te lo digo yo que estoy muerto. En mi vida entendí de versos, pero ahora que estoy muerto y que paso como entre dos sueños, veo más claro que tú, porque sólo entre sueños se ve claro.

EL POETA

Así será, pero lo que has dicho me parece bien pobre.

LA SOMBRA DEL CID

Comprendo que si fueras rico pudiera parecerte pobre, mas siendo tan pobre como eres, sólo tu vanidad te permite estar satisfecho. Escucha, y sobre todo no me discutas sobre Jimena y no mientas al hablar de ella. Si mientes en un poema sobre mí, no me importa; pero sobre ella no puedo tolerarlo y no te lo dejaré pasar. Jimena tenía un cuerpo de mujer hermosa, anchas caderas y senos potentes, sin ser muy grandes, y con nada de ánfora ni de mármol. Carne, hermosa carne de mujer con leche adentro para sus hijas y un vientre como conviene a la que ha de ser fuente de una gran raza de tronos y de destinos. Tenía un cuello cálido como si lo entibiaban todas las canciones de amor dormidas adentro; tenía unas manos de carne, de hermosa carne de mujer, unas manos pequeñas que se paseaban sobre mi inquietud y calmaban mis fiebres guerreras; tenía unos labios gruesos y carnosos; labios de beso, cargados de besos maduros, prontos para el hombre, solamente para el hombre suyo, para mí. Tenía ojos de esposa y de madre. Era bella de toda belleza, de la belleza que yo amo, belleza de España. Cuando yo llegaba, ella abría los brazos de par en par como las puertas del alba. Y bástete con esto para saber lo que era Jimena.)

De pie en la ventana, la nodriza escruta las lejanías. La nodriza es una mujerona campestre, entrada en años, devota y gruesa. En una palabra, es una nodriza. Tiene unos grandes senos de almohadones para apoyar la cabeza, en las tardes, sentada en un sillón, en la hora del cabeceo.

Jimena sigue bordando o hilando. Desde aquí, a la distancia de los años, no alcanzo a ver si borda o hila.

V. HUIDOBRO

Trabaja en un tejido y espera. Se diría que toda su vida la pasó así: hilando y esperando.

Así la veo yo al fondo del Romancero, mientras en el primer plano, Rodrigo, a caballo en el vértigo corre en zig-zag con un mandoble en la mano entre batallas y proezas, ella, detrás de una ventana, allá al fondo, borda y espera, espera y borda.

Jimena es la dama de la Edad Media, la heroína del ciclo de los caballeros.

Yo la he visto en alguna parte. Todos la hemos visto en alguna parte.

¡Ah! Sí, recuerdo una ventana de piedra por donde entraba el mundo en tres álamos y una enredadera. Un pájaro vino, se paró al borde, dijo algo en secreto y se fué.

Me acuerdo de una colina elegantemente vestida de verde. La colina bajaba hacia el llano que le tendía un ramo de flores.

Me acuerdo del castillo, vetusto, pesado, una gran mole solitaria, dominando los campos y los caminos de las andanzas, una isla en medio de un mar de silencio.

Me acuerdo de una selva de brazos y de músculos y el dolor de paloma de unos ojos abiertos.

Sí, sí; recuerdo sus ojos. Y no tenía dos trenzas. Era la única joven de entonces que usaba una sola trenza, una trenza larga detrás de los ojos, larga, larga serpiente de fascinación.

Recuerdo una noche que cae como una cabellera, los reflejos de una sonrisa triste que estalla lo mismo que un espejo y la blancura de una carne, fantasma de naufragios.

Recuerdo una voz fresca, una voz tallada en la tarde debajo del arco iris.

Recuerdo una piel que resplandecía como si se hubiera bebido un astro peligroso y una mano que era la llave de la primavera.

Recuerdo unos pasos aprisionados en dos frutos de luz. Unos pasos marchando sobre olas calmas y misteriosas que crujen como hierba.

Recuerdo un gesto de indulgencia en un silencio alucinado de constelaciones.

Recuerdo unas espaldas en un marco de jardín y unas alas que ya van a abrirse en un vuelo de carne, fuera del universo sobre el aire asustado.

Recuerdo unos dedos delgados en un laúd y un incendio de música que corre a lo largo de los dedos.

Recuerdo que se perdía el mundo y se entraba en un embrujamiento sagrado.

Recuerdo que se hacía un vacío en el aire, un remolino que absorbía todo, ideas, pensamientos, memoranzas se hundían al fondo del vacío.

Recuerdo que quise desatar su trenza y soltar el último sueño, cogerlo, cogerlo para mí antes que se volara.

Recuerdo que para verla hice un viaje muy largo. Muy largo sobre el mar, el mar, esta palabra que asusta a las barcas. Las olas se revolcaban en su lecho de amianto y mi barca danzaba en la soledad como una almendra de amargura.

Recuerdo que cada vez que la miraba me hacía nacer de nuevo.

Recuerdo que ella estaba en la orilla, que yo salí de las sombras, mojado de sombras.

La vi, la miré. La veo, la miro. Un laberinto de espejos empieza a girar en mi cabeza. Ya no recuerdo nada.

* * *

V. HUIDOBRO

JIMENA

¿Quién viene por el campo, nodriza? Siento que vienen corriendo sobre mi alma.

NODRIZA

Nadie viene por el campo. Ni una hoja mueve el viento.

(Una angustia de espera precipita los movimientos de un corazón que golpea con el ruido de una garganta de pájaro que va a cantar. Flota una substancia de sueños en el aire.)

JIMENA

Dime, nodriza, ¿no ves venir nada?

LA NODRIZA

Veo una sombra que resbala sobre el campo, una sombra como una cruz.

JIMENA

Es él, es él que se acerca. Es tan discreto y no quiere comprometerme.

LA NODRIZA

No es él. Es la sombra de un águila que va muy alta.
(Se hace un rato de silencio. Sólo se oyen los dedos de Jimena hilando sueños y esperanzas.)

JIMENA

Dime, nodriza, dime, ¿no ves venir nada?

LA NODRIZA

Todo el campo está desierto. Ni una sombra, ni un murmullo.

MIO CID CAMPEADOR

JIMENA

Espera aún. El dijo que vendría, y si lo dijo vendrá.
(Un silencio más largo. El aliento entrecortado va pasando entre los hilos y empieza a caer la noche.)

LA NODRIZA

Se hace oscuro y el horizonte a pasos largos se va acercando.

(Dando saltos de cornisa en cornisa un bulto sube por la otra ventana, la que está junto a las espaldas de Jimena y entrando sólo medio cuerpo en la sala, el rostro embozado en la capa, alarga las manos y cubre los ojos de la joven.)

JIMENA (soltando el trabajo).

¡Eres tú, Rodrigo! ¿Por dónde has entrado?

RODRIGO

Por atrás, para que nadie me viera. No tenemos tiempo. Escúchame; tu padrino debe ya venir de vuelta. Fué llamado a la corte para un asunto de importancia y mi padre también. Yo le acompañé y los vi entrar juntos, desde allí he venido a la carrera, pero por salirme de los caminos para que no me vieran, he perdido tiempo. Este otro mes, el día de la Virgen, mi padre vendrá a pedir tu mano. ¿Acordado?

JIMENA

¡Rodrigo mío!

Le tiende la mano como para decirle: Acordado. El la besa; hace señas la nodriza; él grita: adiós, y se

V. HUIDOBRO

descuelga en dos saltos sobre su caballo que le espera abajo.

Se oye la carrera de un caballo sobre los caminos del amor. Corre, corre. Salta el horizonte y se pierde en una ternura sin límites, hacia Vivar.

Jimena cierra los ojos para que la esperanza no se vuele.